



## Mensaje del Día Mundial del Teatro 2018 – Europa

### **Simon McBurney – Reino Unido.**

Actor, escritor, director y co-fundador del Théâtre de Complicité.

A media milla de la costa cirenaica, en el norte de Libia, se encuentra un amplio refugio rocoso. Tiene 80 metros de ancho y 20 metros de alto. En el dialecto local, le llaman “Hauh Fteah”. En 1951, los resultados de la datación por radiocarbono señalaron la existencia de actividad humana ininterrumpida durante al menos 100.000 años. Entre los restos descubiertos, había una flauta tallada en hueso que databa de unos 40 a 70.000 años. Cuando, aún siendo un niño, me enteré de todo ello, le pregunté a mi padre:

“¿Tenían música?”

Me padre me sonrió.

“Como cualquier otra comunidad de seres humanos”.

Mi padre era un prehistoriador americano, el primero en excavar el Hauh Fteah en Cirenaica.

Me siento muy honrado y feliz de ser el representante europeo del Día Mundial del Teatro este año.

En 1963 y en un tiempo en el que la amenaza de una guerra nuclear planeaba sobre el mundo, mi antecesor, el gran Arthur Miller, escribió: “En esta época en la que la política y la diplomacia solo disponen, por desgracia, de armas muy limitadas e ineficaces, una obra de arte puede asumir un papel de cohesión entre los hombres tejiendo vínculos sutiles pero duraderos”.

El significado de la palabra “Drama” viene del griego “dran” que significa “hacer”... y la palabra “teatro” viene del griego “Theatron”, que significa literalmente “lugar para ver”. Es un lugar no solo hacia donde miramos, sino también donde podemos ver, aprehender, entender. Hace 2400 años, Policleto el Joven diseñó el gran teatro de Epidauro. Tiene un aforo para 14.000 personas y la increíble acústica de este espacio al aire libre es un milagro. Se puede oír el encendido de una cerilla en el centro del escenario desde cualquiera de sus 14.000 asientos. Como siempre ocurría en los teatros griegos, al mismo tiempo que uno miraba a los actores, también podía divisar el paisaje a lo lejos. Todo ello contribuyó a unir varios elementos del mundo griego: la comunidad, el teatro y la naturaleza, pero también sirvió de nexo de unión entre todas las épocas. Al mismo tiempo que la obra actualizaba los mitos, también mostraba al espectador por encima del escenario cuál era su destino final: es decir la naturaleza.

Uno de los descubrimientos más sorprendentes tras la reconstrucción del Teatro Globe de Shakespeare en Londres tiene también relación con lo que se ve. Este descubrimiento es la luz. El escenario y el auditorium están iluminados a partes iguales. Los artistas y los espectadores pueden verse los unos a los otros. Siempre. No importa desde donde mire, siempre hay gente. Y una de las consecuencias de ello es que los grandes monólogos que todos recordamos, como por ejemplo los de Hamlet o Macbeth, no son simples meditaciones individuales sino debates públicos.

Vivimos en una época en la que nos cuesta ver con claridad. Estamos rodeados por más ficción que nunca, más que en cualquier otro momento de la historia o de la prehistoria. Cualquier “hecho” puede ser cuestionado, le damos credibilidad a una simple anécdota y la consideramos “verdad”. Hay una ficción en especial que nos rodea continuamente y es la que pretende alejarnos de la verdad, separarnos el uno del otro. Por ello estamos divididos. La gente de la gente. Las mujeres de los hombres. Los seres humanos de la naturaleza.

Pero al mismo tiempo que vivimos en estos tiempos de división y de fragmentación, también vivimos inmersos en un movimiento intenso. Más que en ningún otro momento de la historia, la gente está en movimiento; huyendo frecuentemente; andando, nadando si es necesario, migrando; por todo el mundo. Y esto no ha hecho más que empezar. La respuesta a este fenómeno, como todos sabemos, ha sido cerrar las fronteras.



Construir muros. Excluir. Aislar. Sufrimos un orden mundial tiránico, donde la indiferencia es moneda de cambio y la esperanza una mercancía de contrabando. Y una parte de esta tiranía es el control no solo del espacio, sino también del tiempo. El tiempo que vivimos ahora rehúye el presente. Se centra en el pasado reciente y el futuro próximo. No tengo esto. Voy a comprar esto otro.

Y ahora que he comprado esto, necesito la siguiente... cosa. El pasado profundo es borrado de nuestra mente. El futuro, sin consecuencia.

Muchos son los que dicen que el teatro no cambiará o no podrá cambiar nada de todo esto. Pero el teatro no desaparecerá. Porque el teatro es un lugar, me atrevería a decir un refugio. Donde la gente se reúne y constituye de forma instantánea comunidades. Como siempre hemos hecho. Todos los teatros tienen las dimensiones de las primeras comunidades humanas, que sea para acoger 50 ó 14.000 almas. Y ello desde una caravana nómada hasta el tercio de la antigua Atenas.

Y porque el teatro solo existe en el presente, desafía también esta visión catastrófica del tiempo. El momento presente es cosa del teatro. Sus significados se construyen durante un acto de comunión entre el intérprete y el público. No solo aquí, sino ahora. Sin la actuación del artista, el público no podría creer. Sin la creencia del público, la representación no sería completa. Reímos de lo mismo. Nos emocionamos. Aguantamos la respiración o temblamos en silencio. Y es en ese preciso instante, a través del drama, cuando descubrimos la verdad más profunda: que lo que creíamos que nos dividía y que constituía los límites de nuestra propia consciencia individual, no tiene frontera alguna. Ese es un sentimiento que compartimos.

Y no nos pueden parar. Cada noche reaparecemos. Cada noche, los actores y la audiencia se volverán a reunir y el mismo drama volverá a ser interpretado. Porque, como dice el escritor John Berger, “En lo más profundo de la naturaleza del teatro late un sentido de retorno ritual”. Este es el motivo por el cual siempre ha sido el arte de los desposeídos, desposeídos, que debido al desmantelamiento de nuestro mundo, somos todos. Siempre que existan actores y público, se seguirá interpretando historias que no podrán ser contadas en ningún otro lugar, bien sea en la ópera, en los teatros de nuestras grandes ciudades, o en los campos de migrantes o de refugiados del norte de Libia, o en cualquier parte del mundo. Siempre estaremos unidos, en comunidad, en esta reconstrucción.

Si estuviéramos en Epidauro, podríamos mirar a lo lejos y ver cómo compartimos este sentimiento, inmersos en un paisaje más amplio. Pertenece a la naturaleza y no podemos escapar de ella, como tampoco podemos escapar de nuestro planeta. Si estuviéramos en el Shakespeare Globe, entenderíamos cómo preguntas aparentemente individuales nos conciernen a todos nosotros. Y si cogiéramos en nuestras manos la flauta cirenaica de hace 40.000 años, entenderíamos que el pasado y el presente son inseparables y que lo que nos une como comunidad humana no podrá jamás ser destruido ni por tiranos ni por demagogos.

Traducción: Catalina González Melero.

Centro de Documentación de las Artes Escénicas de Andalucía. [www.cdaea.es](http://www.cdaea.es)